

DAS SCHLANGE DES ASKLEPIOS

EL MUSEO DE LA ANTIGUA DDR EN BERLÍN: MUSEOGRAFÍA, TURISMO Y MEMORIA HISTÓRICA.

Por: Jorge Ordóñez-Burgos
Profesor-investigador, Dep. Humanidades
ICSA, UACJ.



Haber nacido en la época de la Guerra Fría compromete nuestra visión del mundo y de la historia. La “Cortina de Hierro” no pasó desapercibida para varias generaciones, dado que fue defendida, atacada e incluso ignorada por unos cuantos a lo largo de la segunda mitad del siglo pasado. ¿Qué sucedía al otro lado de esa *barrera infranqueable*? Según las doctas palabras de quiénes “*impartían cátedra de Ciencias Sociales*” en secundarias públicas, allá se encontraba el paraíso perdido. Creían que, con la difusión del comunismo en esa parte del mundo, era cuestión de tiempo para ver triunfar al proletariado en Inglaterra, tal como predijo Marx. Para otros, los habitantes de los países comunistas estaban sujetos a un régimen que les impedía tener cualquier asomo de libertad de pensamiento o creencia. Con el paso de los años, y después de ver que la caída del comunismo no ha hecho mejor la política del orbe, puede concluirse que el comunismo fue sólo un sistema político. Como tal, tuvo sus ventajas, resultó benéfico para ciertos sectores de la población y, como en todo esquema totalitario, tuvo en su haber varios miles de muertos. La política no es ni mala ni buena, sólo es política.

Todavía tenemos frescas las escenas de televisión de los alemanes echando abajo el muro; la gente llevando cuanto herramienta tenía a la mano para cooperar con la demolición. Todo parecía júbilo, alegría, rencuentro; se respiraba la esperanza no sólo de una Alemania diferente, sino de un mundo más libre. Fue una especie de *Woodstock* de finales de los ochenta. La efervescencia del momento quedó atrás hace años; han pasado muchas cosas en Europa que obligan a pensar que el comunismo no es lo peor que puede pasarle a una sociedad. La población de la extinta Yugoslavia, los chechenos, los armenios, los albanos-kosovares y los rumanos podrían explicárnoslo muy bien.

Los alemanes gustan de tener museos por centenares: hay uno de instrumentos musicales, otro de aparatos voladores, existe alguno de videojuegos y hasta puede visitarse uno de la célebre Currywurst (salchicha condimentada con curri). Entre los sitios que merecen la pena visitarse está el *Museum der Deutsche Demokratische Republik*, ubicado a un costado del Domo de Berlín, en la



Isla de los Museos; justo en la puerta del Museo de la DDR se topa uno con el Spree. Prometedoramente, la publicidad de la institución consigna: „Geschichte zu einwerfen“, (Historia para echar a andar, para “jugar con ella”), „Geschichte zu anfassen“ (Historia para tocar, coger, palpar). Palabras muy atinadas para describir un museo tan especial.

El Museo de la DDR alberga colecciones de objetos de la época comunista, pretende reconstruir la vida cotidiana de aquellos años por medio de utensilios, insumos, vestuario, propaganda, mobiliario y vehículos. El área en la que se ubica el Museo no es muy extensa, sin embargo, tiene una muestra “representativa” de aquellas décadas y los objetos exhibidos están en buen estado. La exposición inicia con una breve explicación de lo que era el muro, una maqueta esquematiza cuáles eran los puntos de comunicación entre ambas Alemanias. Con automóviles a escala y monitos de plástico se muestra cómo se hacían los internamientos en la Alemania capitalista de los Ossis (forma despectiva para referirse a los alemanes que vivían en la DDR, todavía se sigue usando el término). Las colecciones del Museo son presentadas en gavetas de múltiples cajones, en ellas se intercalan fotografías, recortes de periódicos, cartelones, herramientas, empaques de comestibles, juguetes, postales, prendas de vestir, aparatos electrónicos, uniformes, caricaturas y breves fichas explicativas destinadas a reconstruir el pasado con ayuda de las cosas. Un automóvil compacto de diseño soviético se exhibe en una salita con grandes ventanas que dan al Spree, los visitantes pueden subirse en él, mover los pocos instrumentos del tablero, operar las palancas y volante, acomodar los espejos retrovisores según las dimensiones del conductor. En el interior de la cajuela hay una caja de herramientas y un “botiquín comunista” de primeros auxilios. La publicidad del Museo cumple cabalmente su promesa: pueden tocarse y revisarse hasta el menor detalle de casi todos los objetos allí reunidos.

Más adelante, hay un pequeño armario, igual al que los niños tienen en sus habitaciones. Se puede encontrar en su interior juguetes acordes a la filosofía del proletariado –títeres: los villanos son burgueses y los héroes obreros y campesinos; camioncitos de proletarios y avioncitos del pueblo-. También se guardan allí prendas de vestir y, algo que llama especialmente la atención: la camisa del uniforme de los Jóvenes Pioneros, una adaptación del movimiento de los *Boy Scouts* al bloque comunista. La camisa está confeccionada con una tela muy corriente, adjunta, una pañoleta de color azul rey que llevaban al cuello los muchachos miembros. Si se busca en esa sección, se encontrará el manual de entrenamiento de los Pioneros, así como tarjetas didácticas –de adoctrinamiento político- con esquemas de los conceptos esenciales de la agrupación. En una sala contigua, siguiendo la misma idea, se exhiben herramientas propias de diversos oficios, a saber: las usadas por un minero –están acompañadas de propaganda política que hace parecer que aquellos que se sumergían en lo profundo de una mina eran muy afortunados-, las de un técnico electrónico, de un carnicero, un campesino y las de un laboratorista químico



Hay otra sección que fue diseñada con gran tino, en ella se reproducen tres habitaciones de una vivienda de la Alemania comunista de mediados de los ochenta. La sala está amueblada con un par de sillones además de un gabinete con cajones y entrepaños. Cada compartimiento tiene algo para verse con detenimiento, hasta se incluye un documento, expedido por el gobierno comunista, que concede permiso de ocupar una vivienda. Hay libros y pueden hojearse con toda la calma del mundo. Una televisión transmite fragmentos de la programación de aquellos años, si el visitante se aburre del noticiero estatal, puede cambiar de canal y ver el discurso de uno de los camaradas legisladores afirmando que Alemania comunista tiene tantas o más ventajas que la *otra Alemania*. Si la perorata también aburre, entonces, el episodio de una serie de policías comunistas podrá disipar el tedio. Al lado de la sala, hay un pequeño baño, bien provisto de papel higiénico, productos de limpieza –que obviamente no sólo se encargaban de asear el inodoro sino también eran muy efectivos para suprimir ideas burguesas-, cepillos diversos y un espejo. A espaldas de la sala queda la cocina, compuesta por un módulo similar a las cocinas integrales pequeñas. Está equipada con estufa eléctrica, licuadora, un tostador de pan y propaganda feminista del Partido Comunista elaborada para “ser depositada” en las cocinas de las familias proletarias; así como un calendario de distribución de tareas domésticas entre los cónyuges. Los panfletos están escritos con un lenguaje proselitista que insulta de inteligencia de cualquier persona. Hay también productos de limpieza y comestibles diversos. Puede inspeccionarse cada rincón de la cocina como si se contara con una orden de cateo para tal efecto, supongo que algunos visitantes cumplen por unos minutos su sueño de actuar como agentes de la Stasi.

Saliendo de la réplica de vivienda, se exhiben productos de ese tiempo: pasta de dientes, bebidas refrescantes embotelladas, crema para la piel, maquillajes, medias, y, entre otras cosas, aparatos electrónicos. Se pueden ver catálogos impresos de las *tiendas del pueblo* que surtían de ropa al proletariado, su publicidad no difería mucho de la hecha por *JC Penny* en los setentas. En esencia, son catálogos de cadenas gringas con lemas propagandísticos comunistas, sólo que posan modelos más dignas con menos variedad de mercancía. En la misma sala, se hace una graciosa comparación entre pantalones de mezclilla Levi’s y un modelo de hechura comunista, un pieza confeccionada con fibra muy delgada y “decorada” con líneas verticales de color blanco. No existe el menor punto de comparación, las prendas “del mundo libre” eran muy superiores. La disparidad raya en la humillación, la impresión que producen los pantalones podría ser similar a la que se tendría al ver el mejor ballet ruso –formado bajo el esquema soviético- al lado de películas de bailoteo de hechura norteamericana como “*Footloose*” o “*Fame*”.

Existe una sección de objetos relacionados con el esparcimiento y el turismo de la Alemania Oriental. Postales, folletos que promovían visitar zonas boscosas, playas y ciudades industriales dentro y fuera de la DDR. Una



foto enorme de una playa nudista enmarca la colección del pasaje. ¿Qué tan factible era para el alemán promedio de ese tiempo viajar? Esa es una pregunta difícil de responder.

La sala más grande del Museo tiene objetos diversos, no obstante, el eje que los conecta es la naturaleza totalitaria y represiva del comunismo alemán. Para abrir boca, está la réplica de una sala de interrogatorio de la Stasi, una habitación de 3 x 3 metros, provista de una mesa y dos sillas, en las paredes están hojas colgadas en las que se transcriben los interrogatorios hechos a los detenidos. *¿Cómo se llama?, ¿De dónde viene?, ¿Por qué ha conspirado contra el pueblo alemán?, ¿Quién le paga por sus servicios como espía? Lo han delatado personas muy cercanas a usted, díganos los nombres de los demás conspiradores.* Si se apoyan ambos codos en la mesa se podrá escuchar la voz del agente que interroga. Al lado de la sala, y como consecuencia lógica de la “sesión de preguntas y respuestas”, hay una réplica de una celda de las cárceles comunistas. Nada fuera de lo normal, o quizá sí, es una habitación de 2 x 4 metros, equipada con un catre y un retrete ¿se les proporcionaba esa clase de “comodidades” a los presos? Es decir, ¿se les permitía estar solos? La puerta del calabozo es de hierro pesado. En la zona central de la gran sala de exhibición está el escritorio de un alto funcionario del Partido Comunista. Hay dos teléfonos, al levantarse el auricular se escucha la voz de una secretaria que nos comunica con un camarada del gobierno, los cajones del escritorio tienen documentos en los que se informa del estado de los “sectores” del Partido en ciertas poblaciones. En el cajón más grande se depositan botellas de licores finos –algunos de elaboración occidental-. A espaldas del escritorio, están los retratos de Marx, Engels y Lennin que siguen discretamente con la mirada a los visitantes. El detalle cae en lo caricaturesco y le resta seriedad al Museo.

Al lado derecho del escritorio, están unas gavetas dedicadas al Ejército del Pueblo. En ellas puede verse un video del entrenamiento militar, carteles que invitaban a enlistarse en las Fuerzas Armadas, el casillero de un soldado donde se guardaba el uniforme y las “pertenencias” del “propietario” –recordemos que la propiedad es un concepto burgués-. El casillero está ordenado siguiendo el más estricto apego al manual. Las piezas del uniforme (guerrera, casco, camisa y cinturón) pueden extraerse y revisarse con toda libertad. Se exhiben también las armas reglamentarias del Ejército del Pueblo: rifle de asalto, pistola de oficial y una granada. El visitante puede observar una pequeña colección de condecoraciones militares, muchas de esas insignias se consiguen en los mercadillos de Berlín por unos cuantos euros.

Al lado de la sección militar, quizá sea una mera casualidad, está la zona dedicada a la educación. En dos monitores se ven videos de maestros de preparatoria “dialogando” con sus estudiantes durante una clase en la que *la constante es el diálogo entre iguales...* Siguiendo con el espíritu caricaturesco de la sala, hay una sección *interactiva*, un monitor táctil brinda opciones al visitante para que construya un ciudadano hipotético de la DDR. Se le dan



opciones de vestuario: corbata, abrigo de pieles o un uniforme de mecánico. Libros de lectura: textos de Marx, una revista de modas o la Biblia. En total, son 17 casos en los que debe elegirse entre varias opciones. Cada decisión da un puntaje, al final se imprime la imagen del personaje armado, además de la puntuación obtenida con el respectivo dictamen: “eres un burgués”, “eres un camarada”, “necesitas comprender mejor los principios del Socialismo”.

En el fondo de la sala, escondido entre paneles y gavetas, se encuentra un auto de lujo que era usado por los altos jerarcas del Partido. Equipado con teléfono móvil, amplios asientos y climatización artificial para que el pasajero viajara cómodo; el vehículo contrasta dramáticamente con las características del auto compacto exhibido en otras salas. El visitante puede revisar hasta el mínimo detalle sin que nadie lo moleste. La exposición finaliza con crónicas de fugitivos que murieron intentando cruzar la Cortina de Hierro así como testimonios de gente sí que logró escapar de la DDR. Una puerta corrediza tapizada con una enorme foto del Muro de Berlín en blanco y negro se abre para que el visitante tenga acceso a la tienda del Museo, con ello el recorrido termina.

¿Cuántas veces hemos visitado algún museo y nos hemos quedado con ganas de tocar, revisar, esculcar y manipular objetos? Hay lugares en los que alguien sin una formación arqueológica sólida no está capacitado para siquiera tocar una pieza, no obstante, hay otros en los que sí es factible tener relación cercana con los materiales exhibidos. Un museo tan abierto presupone la visita de personas con el grado mínimo de civilización. Contrario a lo que podría imaginarse, en el Museo de la DDR no hay mucho personal encargado de vigilar el buen comportamiento de la gente; quizá sea una actitud muy alemana, dado que en otros museos se puede apreciar las exposiciones con tranquilidad y tomar casi todas las fotografías que se quiera. ¿Podría existir un lugar así en México? Es difícil especular. Antes de iniciar el recorrido, existirían cartelones con cientos de advertencias: “se le agradece a los visitantes entrar con las manos limpias”, “está terminantemente prohibido llevarse los objetos de la exhibición”, “los objetos exhibidos no están a la venta” o “está prohibido mutilar, rayar o destruir el material propiedad del museo”. ¿Qué idea tiene el mexicano de lo que es un museo? ¿A qué va el mexicano a un museo?

El Museo de la DDR forma parte de una serie de lugares que integra “la cultura berlinesa de la Guerra Fría”. Visitar los restos del muro, *Check Point Charly*, la Puerta de Brandemburgo -lugar donde se dice cayó el primer fragmento del Muro-, caminar por Potsdamerplatz y ver las calles aledañas al muro del lado comunista; fotografiar el mural de *Das Haus des Lehrers* (La casa del Maestro) en Alexanderplatz. Este recorrido es una especie de peregrinación que hacen los turistas, no sin llevarse *souvenirs* como un fragmento de muro encapsulado en una burbuja de plástico, la bandera de la DDR o el célebre letrero que informa que se deja la zona de seguridad de Estados Unidos y se disparará indiscriminadamente a los transgresores. Quizá el pueblo alemán todavía sigue aturrido por las décadas de



terror que vivió, ¿es posible hacer de la mutilación de Alemania un atractivo turístico? Los alemanes no necesitan atraer visitantes a su patria, tienen una industria pesada muy sólida, exportan innovaciones tecnológicas de calidad mundial, tiene uno de los sistemas ferroviarios más sofisticados y eficientes del planeta, sus universidades están entre las mejores del mundo, y un largo etcétera. ¿Cómo tolerar que se haga mofa de un episodio negro de la historia de Alemania? La reunificación de Alemania ¿es un proceso acabado ya? Los extranjeros que vemos con un tanto de morbo la historia reciente de Alemania, nos contentamos con ver que puede transitarse de un sector al otro del país, pero ¿es algo tan simple?

Hace unos días hice un experimento revelador. En Potsdamerplatz, saliendo de la estación de metro del mismo nombre, y teniendo mi espalda la Embajada de Canadá, me ubiqué justo en el lugar en el que estaba construido el Muro. Del lado derecho Leipzigerstraße, además de un par de edificios altísimos: uno de oficinas y otro del Deutsche Bahn (tren alemán), ambos son una copia del paisaje urbano neoyorkino. Más adelante, por la misma calle, está el Sony Centre y la Stadtbibliothek zu Berlin (Biblioteca Nacional). Del lado izquierdo hay una gran avenida bordeada de edificios grises, muchos de ellos del siglo XIX, pero, con un sabor soviético muy fuerte. Un gran edificio del Poder Legislativo alemán no hace menos sombrío el panorama. En el punto justo donde estaba el Muro, hay un edificio. Una parte está del antiguo lado capitalista y la otra del lado comunista. La sección occidental alberga un par de bancos y un establecimiento de comida tailandesa. La sección oriental se ve gris y da la impresión de ser uno de esos enormes monolitos que albergan oficinas de alguna secretaría de estado en el DF, esos que se hicieron siguiendo los principios de la estética de Luis Echeverría. La sección oriental tiene en la planta baja dos cafés y el Museo de Dalí en Berlín. Si las diferencias evidentes entre las dos Alemanias se perciben mediante un experimento tan sencillo en una zona muy turística de la capital del país ¿cómo estarán los barrios y provincias que no son turísticos? Si se da un paseo por sitios como Ostkreuz, Danzigerstraße o Prenzlaueralle, lo que se conoce como “la zona deprimida de Berlín”, empezarán a saltar a la vista las diferencias evidentes en las costumbres, poder adquisitivo y visión de la vida que no entienden de reunificaciones.

El Museo de la DDR ayuda a ver algunas cosas, sin embargo, la mejor vía para acercarse al pasado cercano de Alemania es transitar por las calles, hablar con la gente, observar e intentar comprender.